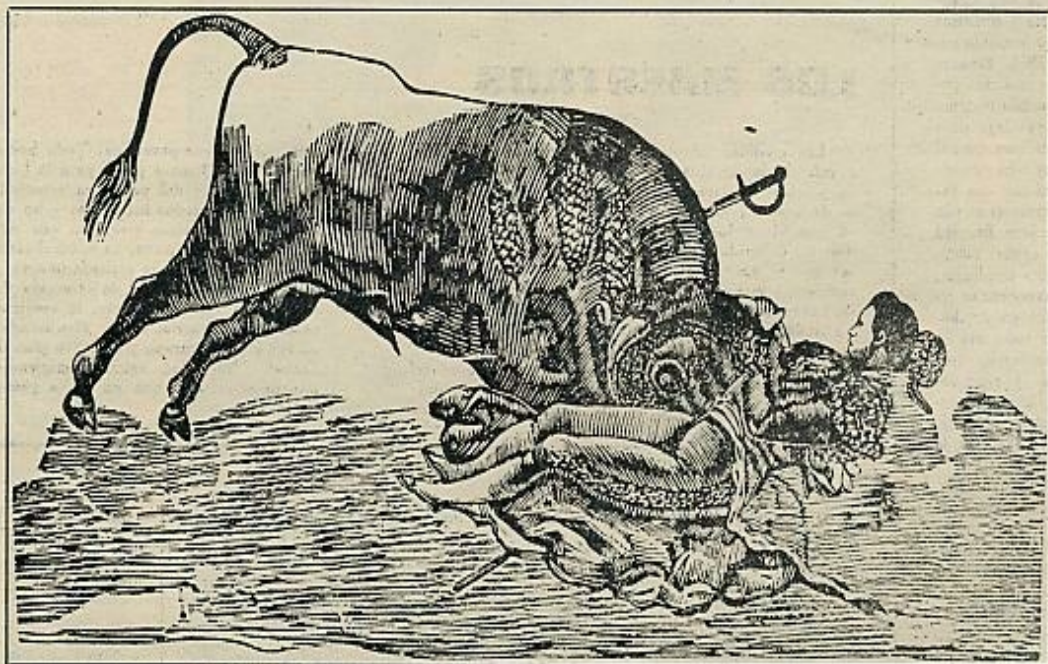


SIETE SIGLOS DE DISCUSION



Los Toros

ENCUESTA ①

SETESENTOS años va durando la polémica en torno a las corridas de toros. ¿Son lícitas desde el punto de vista moral?, ¿son condenables a la luz de una nueva ética? Dos papas, San Pío V y Sixto V, prohibieron bajo pena de excomunión la asistencia a las corridas de toros, y otros dos, Gregorio XIII y Clemente VIII, levantaron estas prohibiciones. En la liza han entrado pensadores, escritores, artistas... españoles y extranjeros. La fiesta es reivindicada unas veces como expresión del valor y de la dignidad del hombre o exaltada por su belleza plástica —Goya, Picasso...—; en otros casos, se aducen razones de tipo económico o moral, el riesgo y la psicología colectiva que se crea en las corridas, para detractorla. La cuestión taurina ha dividido de este modo a moralistas, escritores y creadores como ha expuesto, con ánimo imparcial, Fernando Quiñones en los reportajes publicados en estas páginas en los dos números anteriores. Ahora, TRIUNFO abre una encuesta entre escritores y artistas de nuestros días y actualiza así la tradicional polémica. Las personalidades elegidas lo han sido por su significación en sus respectivos campos de trabajo y no por unos conocimientos especiales de las corridas de toros. Todos responderán a la siguiente pregunta: ■

¿QUE LE DICEN LAS CORRIDAS DE TOROS Y SU MUNDO, HOY? AL MARGEN DE SU AFICION, INDIFFERENCIA O DESAFECTO A LAS CORRIDAS DE TOROS, ¿PUEDE EMITIR UN JUICIO PERSONAL SOBRE ELLAS?

DANIEL VAZQUEZ DIAZ

Pintor

«He sentido la pasión taurina. Hoy, los toros no me interesan nada».

EN mi adolescencia quise ser torero. Como tantos muchachos, sentí esa calentura influido en aquellos años de fin de siglo por el ambiente taurino de Sevilla, Córdoba y Huelva. Desde entonces hasta mi retrato a *Manolete* hay toda una época de mi vida en que la pasión taurina tiene una gran importancia, para ir decayendo luego paulatinamente hasta el punto de no llegar a interesarme hoy día absolutamente nada las corridas de toros ni desde el punto de vista artístico, ni mucho menos desde el humano.

En Alemania los niños jugaban a la guerra, aquí los niños jugábamos al toro. Manuel Mejías Bienvenida, cuando tenía diez años, jugó al toro conmigo en la calle Rodrigo Caro, del Barrio de Santa Cruz, en Sevilla. También fue compañero nuestro un hijo del ganadero Murube, Joaquinito. Y ¡qué ilusión los domingos de corrida cuando el coche de los toreros venía a buscar a Bienvenida

para llevarlo a la plaza! Desde mi ventana veía salir a las hermanas de Bienvenida, acompañadas de su padre, entonces banderillero de la cuadrilla de Mazzantini. Algunas veces vi al *Espartero* y también a Antonio Fuentes, que se vestía en Londres. ¡Cómo me gustaba conocer las casas donde vivían los toreros!, el patio de mármol blanco, lleno de macetas y algún plátano que daba sombra fresca al patio entoldado. Me hubiera gustado pintar la espartería del padre de El Espartero: los ocre de los rollos de esparto, el oro de los serones y capachos en los grises plateados del ambiente. Cuántos recuerdos... la casa de Fernando *El Gallo*, la de *Reverte*, *El Guerra*. Llenaba mis libros y cuadernos escolares con figurillas vestidas de luces. Serían los futuros retratos de *Lagartijo*, *Frasuelo*, *Mazzantini*, *Reverte*, Antonio Fuentes, *El Gallo*, Sánchez Mejías, Belmonte y, por fin, el de *Manolete*. A éste lo vi torrear muchas veces desde el burladero de

la Diputación de la plaza de Madrid y pude ver perfectamente aquellas sabias y escalofriantes faenas a tres y cuatro metros de este objetivo de cine en color que son mis ojos. Me interesó de Manuel su elegancia y señorío, su silencio, su personalidad. Estaba pintándole cuando murió. Fue mi esposa quien, emocionada, me dio la noticia. Y, un días tras otro, fui añadiendo al retrato la tragedia... El sentimiento fue el que terminó de pintar el cuadro.

Todo lo que los toros pudieron ofrecerme de colorido, drama humano, había terminado ya. Hoy no me interesan para nada. Quizá la razón de este cambio radical haya sido el que a mí las corridas de toros me han parecido siempre algo inhumano y que, por la violencia y pasión que despiertan en el público, encanallan a la gente. Pasado, pues, lo que los toros me ofrecían como tema plástico, han dejado de interesarme totalmente.

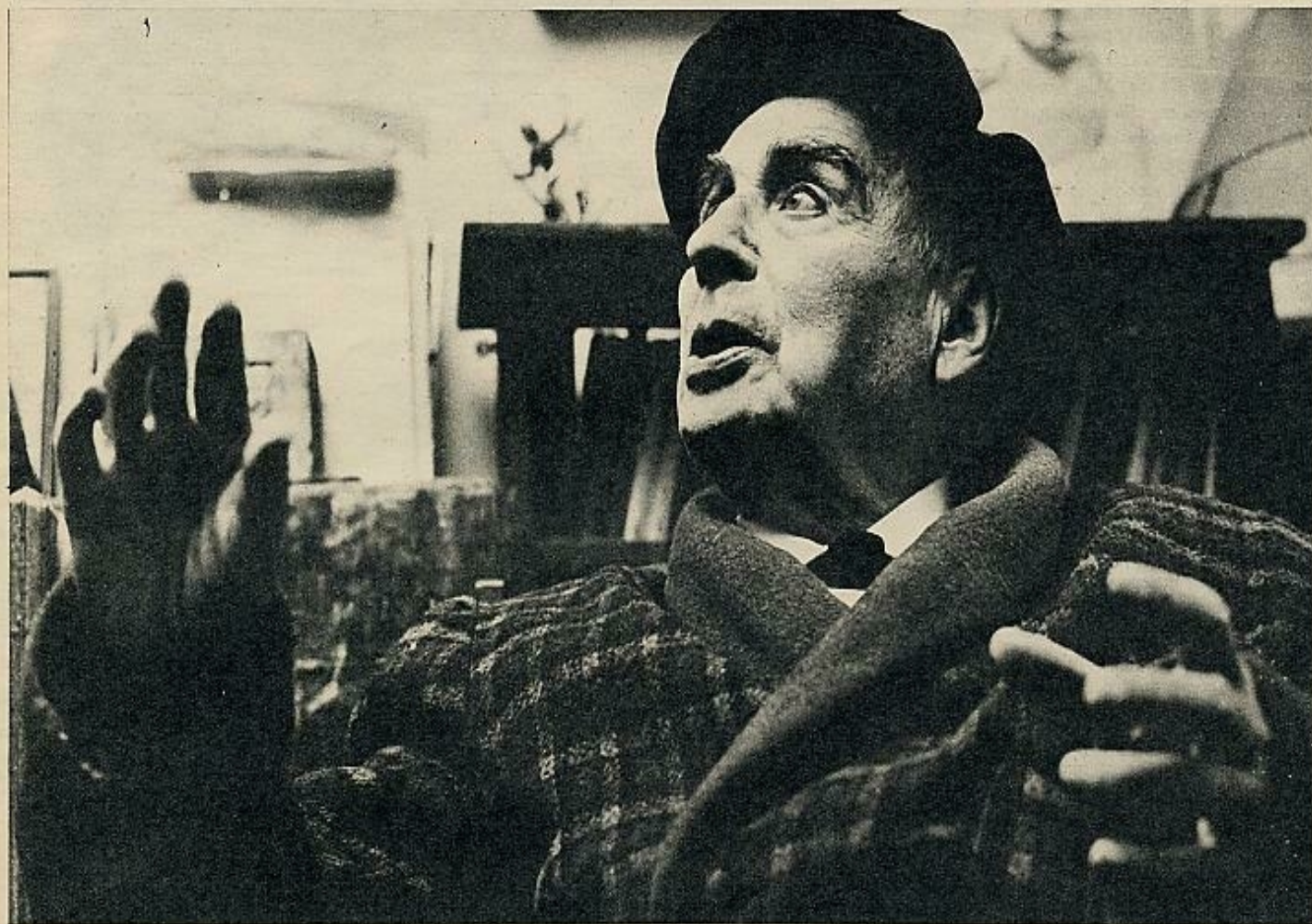
ANTONIO BUERO VALLEJO

Dramaturgo

«Más que una tragedia ritual, los toros parecen a veces una farsa».

UN espectáculo cruel, cierto. En un mundo de sangre, ritos de sangre. Junto a la crueldad desnuda, que nace del temor y del apetito de dominio —la cachiporra del primitivo, el napalm que abrasa a los niños vietnamitas—, el ritual sangriento mediante el que el hombre pretende incorporarse misteriosamente mayor vitalidad y virtud; corazones humanos arrancados por el sacerdote

azteca, corderos degollados por el sacerdote hebreo, toros inmolados desde la prehistoria hasta nuestros cochos. Seres vivos, que han de morir para que otros vivan: es la ley del mundo, que el rito simboliza. Seres en el fondo divinos —pues todo es divino—; dioses sacrificados para renacer, por sí mismos o mediante la mágica transmisión de su poder a quienes los matan. **SIGUE**



DANIEL VAZQUEZ DIAZ

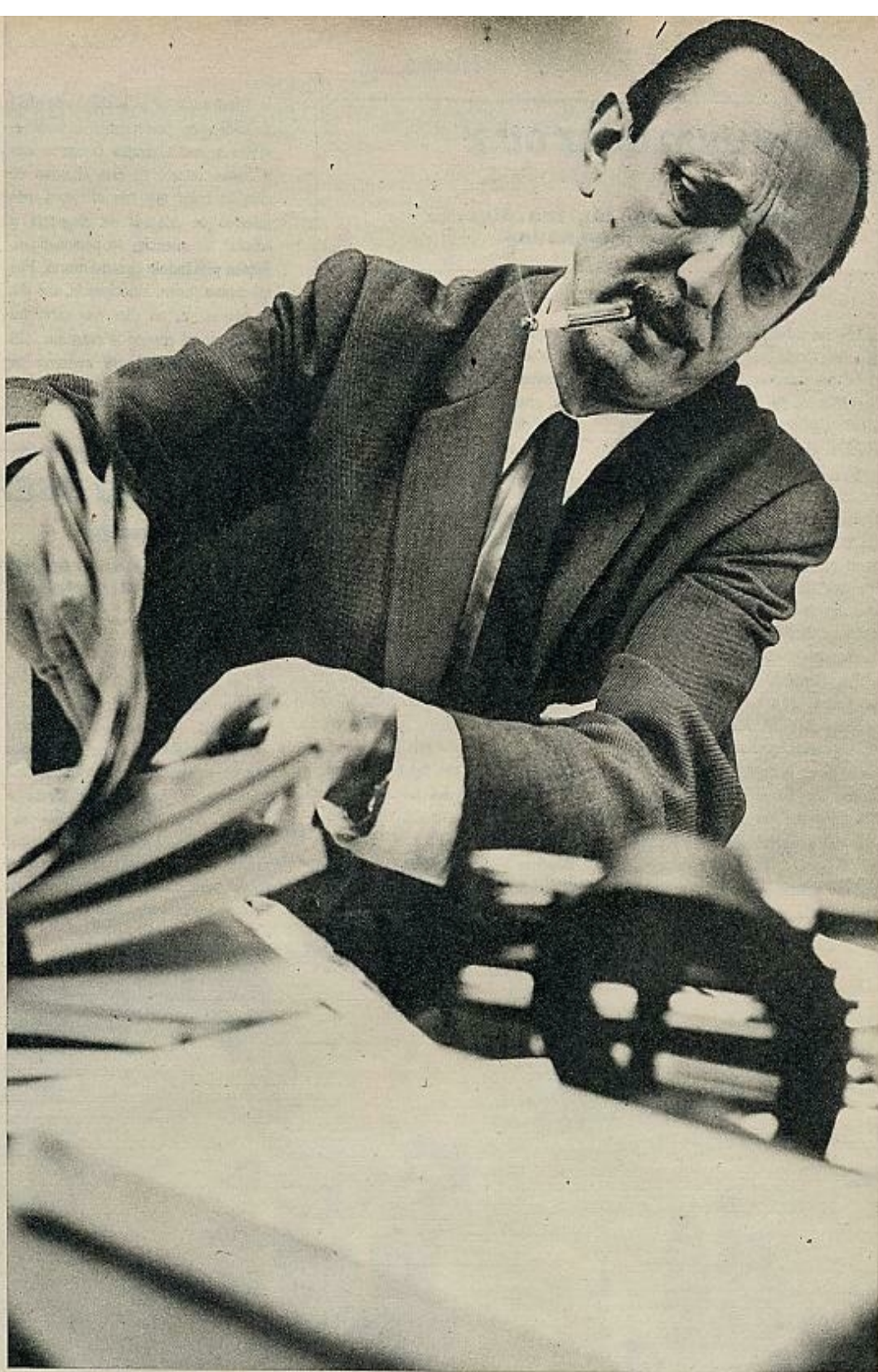
Los Toros

Crueldad desnuda y crueldad ritual están conectadas: ambas proceden de un mismo mundo de sangre. Pero la segunda, ¿es un mero disfraz de la primera? ¿Busca el rito sangriento la justificación de la crueldad para mejor mantenerla? ¿O no estará, más sutilmente, luchando contra ella, intentando aplacar nuestra propia brutalidad, que es quien la engendra, para que un día, tal vez, toda crueldad desaparezca? A veces el sacrificio ritual se vuelve, finalmente, arte. Y surge, por ejemplo, la tragedia griega, donde ya, de hecho, no se derrama sangre; se finge tan sólo.

Los toros siguen siendo realmente sacrificados, pero su sacrificio es ritual —y artístico—; se encuentra mucho más cerca de la tragedia griega que de la cachiporra primitiva a el napalm supercivilizado. En la «Fiesta», la crueldad se sublima efectivamente. Su víctima ya no es un adversario odioso, sino casi un dios, al que se respeta y venera. La fiera se somete y amolda al arte, y —si no es mansa— podría decirse que, en cierto modo, acepta su muerte. Aunque muchos espectadores y toreros lo ignoren, la lidia sigue siendo un conjuro. Pero quizá, paradójicamente, un conjuro contra la crueldad, no a favor de ella. Más, como tal conjuro, ¿será tan sólo un residuo de la mentalidad arcaica, un conjunto de símbolos oscuros y anticientíficos que el avance de la racionalidad debe vaciar de contenido? ¿Habrá que considerarla, en suma, como simple espectáculo enajenante para una sociedad enajenada?

Lo ignoro, pero me guardaría de afirmarlo. Contrario a toda crueldad, tampoco puedo aprobar la crueldad ritual, pues en ella hay efectivo derramamiento de sangre. Pero cuando voy a los toros intuyo que estoy más cerca de la tragedia que del napalm; mucho más próximo a una posible disolución de la violencia que a su mantenimiento. Porque me encuentro ante la sobrecogedora presencia de un arte y un mito. Y en los grandes mitos artísticos hay verdades complementarias de la verdad racional que ésta no puede suplantar del todo.

Pero, como toda actividad compleja, la mítica realidad del toro sólo es fiel a sí misma en contadas ocasiones, y el actual mundo de los toros —con su trivialización, sus trucos para turistas, sus negocios, sus humanas miserias, etc.— se parece, a menudo, más que a una tragedia ritual, a una farsa. Una farsa enajenante y enajenada.



ANTONIO BUERO VALLEJO

JULIO CARO BAROJA

Etnógrafo

«Los toros han cambiado: son "ballet", cuadro plástico, tremendismo....».

NO soy aficionado a los toros, aunque me interesan los toros, porque a un etnógrafo español no tienen más remedio que interesarle. Creo, por otra parte, que si hubiera vivido en tiempos de Lagartijo y del

señor Frascuelo hubiera sido aficionado. Ahora, ante un toro que en parte es «ballet», en parte «cuadro plástico», o que deriva a lo tremendista (incluso a lo ye-yé), con toros tan iguales y perfectos en su igual-

dad que parecen pollos prematuramente engordados y crecidos en una granja, y toreros que saben mucho de posturas, pero que, por lo común, matan mal, no puedo pensar que la fiesta de los toros es cosa importante en mi vida. En mi casa, cuando yo era niño, aún cantaba alguien el toro del Espartero, con su letra trágica y su música más trágica aún, que me producían una sensación tremenda de tristeza. También los carteles de toros, excelentes en su género, daban la primicia de la fiesta de modo magnífico a unos ojos in-

fantiles. Los zapateros remendones y otros menestrales tenían sus tugurios oscuros llenos de fotografías, cromolitografías, recortes de periódicos y revistas alusivas a toros y toreros. El culto fervoroso se manifestaba en tabernas y bodegones, popular, populachero si se quiere, elemental.

Ahora el torero tiende al refinamiento. Y cuenta con otro público también, en gran parte. Desde que un torero dijo que el torear es un acto eminentemente espiritual, desde que un gran poeta afirmó que el mayor truco de que puede usar un torero es el de la valentía, y desde que en Oxford conocía a unos jovencitos que consideraban al toreo como elemento importante para curas psicoanalíticas, como humilde observador de las viejas costumbres populares, juzgó que este toreo no es aquel toreo que maras: puedo, incluso, tararear.

Este no es mi Juan,
que me lo han cambiado...

Y pienso en aquella tertulia cordobesa del Guerra, en la que el silencio era la expresión fundamental de la admiración. Hablar, hablar, sutilizar, hacer dengues y jeribeques. No, éste me interesa poco, la verdad.



JULIO CARO BAROJA

JOSE LUIS MARTIN DESCALZO

Sacerdote, periodista, novelista

«El universo de los toros es muy amplio.
No se puede simplificar».

ME resulta un poco desconcertante el que me hagan a mí esta pregunta, ya que mi desconocimiento del mundo de los toros es absoluto. En toda mi vida sólo una vez he ido a una corrida y en una plaza de pueblo. He seguido después bastantes corridas —o fragmentos de co-

rridas— a través de la televisión. Y eso es todo. De todos modos, por si de algo sirve este mi cortísimo conocimiento, ahí va el resultado de mi experiencia.

Si analizo mi estado de ánimo durante la transmisión de una corrida veo que predomina en mí un sentimiento de malestar, de malestar incluso físico. Si percibo al torero sereno y dominador puedo ver una faena tranquila. Pero el notar nervios o inseguridad en un solo pase hace que empiece a sentir una especie de opresión en el estómago. Las más de las veces tengo que levantarme, entonces, y cerrar el televisor, no tal vez sin luchar con esa especie de curiosidad sádica que todos tenemos. Subrayaré que sufro por el peligro del torero y que el dolor del toro —aún siéndome desagradable— no me produciría tamaño malestar.

No quiere decir esto que todo me desagrade en los toros. Me encanta contemplar la estampa del animal en el momento de salir del toril. Gozo con esa faena que se ve raramente y en la que junto a la seguridad se percibe un ritmo, un movimiento armónico, una gracia alegre. Me siento feliz al ver la alegría que hay en los graderíos antes del comienzo de la corrida, ese aire semielegante, semidominguero, semigamberro de los tendidos. Y aparte de eso me apasiona el problema sociológico de la magia de encanto, de magnetización que tienen los toreros. **SIGUE**

JOSE LUIS MARTIN DESCALZO



Concretamente, he pensado muchas veces en el «misterio de El Cordobés». Yo, que no soy en absoluto parecido a un cordobésista o un anticordobésista, no puedo menos de maravillarme ante esa magia de un hombre cuya ruda y agraz personalidad consigue de tal manera dominar —hacia el entusiasmo o la cólera— a millones de espectadores. Confieso que cuando sigo una corrida llega a interesarme mucho más la reacción del público, sus gritos, sus aplausos o silbidos, que cuanto ocurre en el ruedo. ¿Por qué van a los toros, me preguntó? ¿Cómo es que llegan a ser dominados hasta tal punto que los más actúan de manera claramente diferentes a las que tomarían como aceptables en la calle? Pensar que van allí puramente a divertirse sería excesivo simplismo. Decir que van a desahogar sus impulsos agresivos sería, probablemente, exagerado. ¿Tal vez es el sentido del riesgo, la admiración hacia quien se atreve a hacer divertida y alegremente lo que ellos jamás osarían? Quizá. O puede que añada un

buen coeficiente de raíces ese clima un poco místico de sueños que hace del maletilla un futuro millonario. ¿Ve el espectador, en el mundo de los toros, un universo donde se puede triunfar sin contar con los dineros de papá, un mundo justo en el que sólo vencen la audacia y el arte? Tal vez. Pero en ese caso habría que añadir también que sería ésta una justicia enturbiada por el afán de «los millones». Me pregunto si las gentes irían tanto a los toros si los toreros ganaran menos, si el atractivo de sus ganancias no les convirtiera en una especie de millonarios que entran por la puerta de servicio.

¿En resumen? Pienso que el mundo de los toros es un universo muy amplio en el que se barajan tal cantidad de elementos que deben excluir todo simplismo a la hora de valorarlos. Comprenderéis por eso por qué he preferido —más que una teoría moral sobre los toros, que escaparía plenamente a mis conocimientos de la materia— ofrecer estos apuntes rapidísimos de unas impresiones personales.

RAIMON

Cantante

«Desconozco el gran tinglado del mundo de los toros».

MI primer contacto con los toros fue en Xàtiva. Nosotros los músicos, yo lo era, íbamos por obligación y nos pagaban; muy poco por cierto. Eran novilladas de poca monta incluidas en el programa de festejos de la «Fira d'Agost». Una vez en la plaza, y cuando mataban al toro, teníamos que llenarla de un aire de pasodoble. Yo contribuía soplando la flauta o el flautín en la banda «Música Nova», que así se llama una de las dos bandas de música de mi pueblo.

Cuando a los diecisiete años pasé a la Universidad de Valencia a estudiar Filosofía y Letras, perdí el interés, si es que lo había tenido alguna vez, por esta clase de manifestaciones. Después vi a «El Cordobés» en Valencia: unos amigos ingleses me llevaron casi a la fuerza. Y éste parece ser el sino de mis contactos con los toros. Ahora esta pregunta la contesto un poco forzado también: Contesto a la encuesta ya que, como se dice en la pregunta, no importa la indiferencia o la afición, siendo mi caso —repite— el de la indiferencia y el desconocimiento.

Creo que el mundo de los toros es un gran tinglado —que yo desconozco—, y donde el dinero, pienso, debe ser casi determinante. Sé también que gracias a TVE y a los turistas la llamada fiesta se revitalizó. Era casi moribunda antes del 1956. Y sé pocas cosas más. Yo no voy a los toros y no tengo el menor interés.

JOSE LUIS SAMPEDRO

Economista, escritor

«Me conmueve el declinar de lo que antes fue sagrado y grande».

NI voy a corridas ni entiendo de toros, aunque suelo leer las reseñas y hasta relaté una capea en cierta novela mía (una capea humana, sin embargo: un hombre hacia de toro, embistiendo con dos cuernos ennavajados). Pero ya que me preguntan, me repregunto yo: ¿Qué me inspiran los toros?

Sin dudarle, respeto. Más bien conmovido, como conmueve el declinar de lo que antes fue sagrado y luego grande. Pues las corridas de toros me parecen «a extinguir». No interesan a la joven generación; ni puede salvarlas una masa turística sólo capaz de ver un espectáculo allí donde hay tantas profundidades que admiro: los ecos del arcaico rito, la autenticidad —pese a todo— de la sangre puesta en juego, la directa comunicación con fuerzas bravas de la naturaleza. En esos redondos manantiales de arena aún emergen y borbotean, a veces, las raíces del mundo y sus ríos subterráneos, entre el hormigón aplastante.

Naturalmente, nuestra sociedad cosificada prefiere cultivar el fútbol, espectáculo-industria más apto como colector de pasiones, para desviarlas hacia el peor destino: la esterilización. No le basta al sistema enajenarnos cuando trabajamos. Hasta la ira y entusiasmo, el ocio y la fiesta, han de caer bajo el mecanismo alienador para que todo siga «en orden».

Y los toros —creo— no se dejan reducir del todo a las monedas. Son más tradicionales que capitalistas. Por eso mueren, pero no se venden. Pese a las corrupciones (¿cómo iban a salvarse?) aún hay algo incomprable en el hambre y la ilusión del maletilla, la vergüenza torera del espada en declive, o —también— el orgullo del viejo ganadero. Es verdad que soy economista y pienso en mejores usos del suelo nacional, aunque se pierdan algunas divisas turísticas tan codiciadas por esta sociedad devaluada. Pero el hombre no es razón so-

RAIMON



Los Toros



JOSE LUIS
SAMPEDRO

lamente y para sus violencias no son los toros la peor catarsis. Además, hay cosas más graves que los toros para el economista. Muchas.

Bien cerca de la dehesa vemos una: Esa matanza organizada que llaman cacerías. Si consideramos su carga de significación sociológica, los intereses que en ellas se anudan o consolidan, las relaciones a que ofrecen marco, las decisiones que...

Pero ésa es otra historia. Y yo prefiero quedarme entre el pueblo de la plaza. Es más verdad.

ANGEL MARIA DE LERA

Novelista

«Una hábil ortopedia tiende a prolongar la agonía de los toros.»

NUNCA he estado especialmente interesado en las corridas de toros, llamémoslas regulares. Como escritor y observador de esta clase

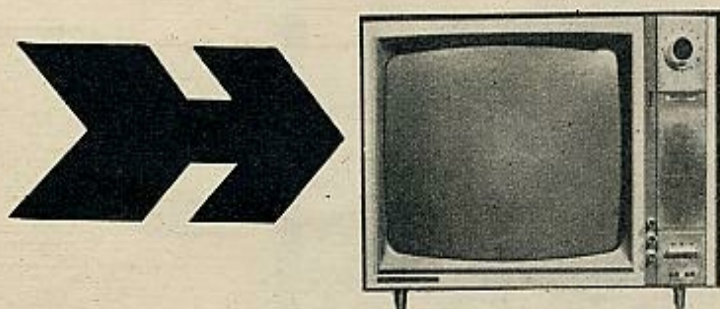
de fenómenos colectivos, me he sentido atraído preferentemente por las capeas, que es donde yo veo la expresión más genuina de la fiesta, donde

todos sus elementos aparecen con una fuerza hirsuta, respondiendo con pavorosa fidelidad a la psicología profunda y elemental del pueblo. El sentimiento trágico y sensual de la existencia, la exaltación de ciertos valores elementales del hombre, la admiración por una plástica de violentos contrastes y, sobre todo, el gozo tumultuoso, orgiástico y casi patológico de la vida, es en las capeas donde brotan con una autenticidad deslumbradora y trágica sin parangón posible.

SIGUE

EL TELEVISOR

es así -cuando es ASPES



(Ver detalles subrayados en la ilustración)

y además

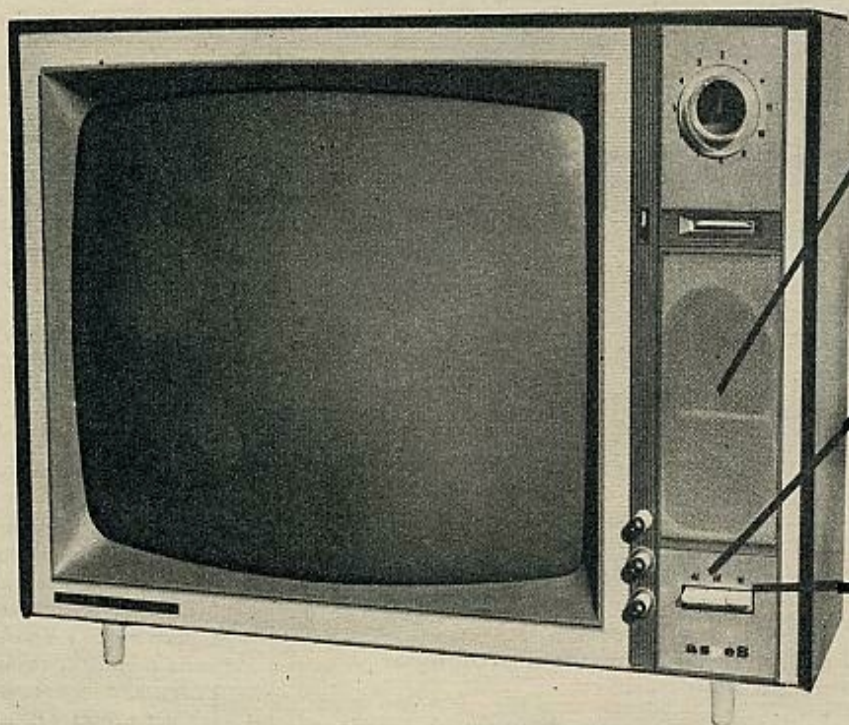
La doble seguridad ASPES:

Seguridad de no perder con el paso del tiempo el disfrute del auténtico confort, porque Aspes incorpora a sus modelos todas las novedades efectivas de la técnica.

Seguridad también de encontrar ventaja en el momento de la compra, porque el Plan Comercial ASPES está concebido para proporcionar a usted ese trato ventajoso.



ASPES FUNCIONA EN SU HOGAR



La calidad del sonido, cuidadosamente estudiada, ofrece siempre una reproducción "alta fidelidad"

El cambio instantáneo de VHF a UHF, facilita y simplifica el pase de uno a otro programa.

Encendido el televisor, la pantalla se llena con una imagen nítida, de luminosidad regularizada, que no fatiga nunca los ojos.

- Sistema de "circuitos impresos", lo que garantiza una supresión casi total de averías en los mismos.

- Circuito "supresor de disturbios", totalmente automático, que asegura la máxima estabilidad de los sincronismos.

- Super Sensibility: perfecta recepción de las emisiones, incluso en aquellos lugares en que, por su situación geográfica, la "señal" es muy débil.

Los Toros



ANGEL MARIA DE LERA

En cuanto a las corridas normales de estos últimos tiempos, parece que se nos ofrece en ellas una falsa traducción de la verdadera fiesta. El dinero, los monopolios, los arreglos del toro y tantas otras influencias mixtificadoras han convertido, a mi parecer, en juego lo que en sí era como un rito. Especialmente repele ese complejo tinglado comercial y propagandístico cuya última consecuencia es el enfrentamiento del hombre con la fiera. Esto, que debería ser lo principal, ha pasado a ser secundario en los planes de sus grandes realizadores: los empresarios. El torero ya no manda. Así como se condicionan las características del toro, se moldean también las del toreo, que ya no es aquel héroe elemental e intuitivo, creador de arte, sino un producto de los in-

tereses empresariales y de la publicidad. Tal vez así, las corridas de toros hayan ganado en refinamiento estético, pero es indudable que han perdido autenticidad, originalidad y fuerza creadora. Hoy imperan en ellas la monotonía y el amaneramiento, y el espectador acaba no sólo aburrido, sino decepcionado ante algo donde todo está previsto y resuelto.

Tal vez porque la fiesta de los toros se muere y todo ese tinglado a que me refería antes no es más que una hábil ortopedia para prolongar su agonía, aunque a primera vista pueda parecer todo lo contrario.

EN EL PROXIMO NUMERO:

ENCUESTA (II)

Todo ha cambiado con

SCHAPLENKA®

¡Todo! Un nuevo sentido de la elegancia, de la moda, del tejido...

Ha nacido la era del **texturado** SCHAPLENKA® y la fibra poliéster se viste de gala.

Aquí está su camisa SCHAPLENKA®

Muy suave... Muy cómoda... Distinta. Sensacional.

- Rapidez en el secado
- Inarrugable
- Rebeldía a la suciedad
- No necesita plancha

camisas

SCHAPLENKA®

Torlenka-sol



SCHAPPE-TEX, S.A. Moyó, 1 - Barcelona (61) - Teléfono 227 36 41